



Fernando
Savater
& Sara Torres

Aquí viven leones

*Viaje a las
guaridas
de los grandes
escritores*

Ilustraciones de Anapurna

En *Aquí viven leones*, Fernando Savater vuelve a una de sus facetas favoritas, la de divulgador de la literatura y el pensamiento. A través de ocho viajes inolvidables, ilustrados magníficamente por Anapurna, nos presenta la obra y la vida de Shakespeare, Valle-Inclán, Poe, Leopardi, Agatha Christie, Reyes, Flaubert y Zweig. Son ocho extraordinarias introducciones a sendos autores clave de la literatura universal de muy distintos registros. Un libro maravilloso para entrar en el mundo de estos escritores, conocer su obra y disponer de más claves para poder disfrutarla.

Índice de contenido

Prólogo

William Shakespeare. El inventor de almas

Ramón del Valle-Inclán. La voz inconfundible del fabulador

Edgar Allan Poe. El cronista del espanto

Giacomo Leopardi. El glorioso desventurado

Agatha Christie. Crímenes y buenas costumbres

Alfonso Reyes. La escritura como amistad

Gustave Flaubert. El escritor impenitente

Stefan Zweig. Un europeo atormentado

Despedida

Autores

De corazón para tu alma

You got me singing
Even tho' the news is bad
You got me singing
The only song I ever had.

LEONARD COHEN

Nadie pone en duda que el paisaje urbano o natural donde ha vivido un escritor marca necesariamente su obra, aunque a menudo no sea explícito. Pero igual de indudable es que para quien ha leído al autor, también el paisaje donde transcurrió su vida y creó su obra está sellado por esa sombra tutelar. No podemos recorrer la estepa manchega y ver a lo lejos un molino o pasar junto a una venta sin evocar a don Quijote y por tanto a Cervantes; el barrio de Palermo o los arrabales de Buenos Aires no son iguales para los amantes de Borges que para los demás, y pasear en Londres por Bloomsbury no es sencillamente hacer turismo sino recorrer páginas inolvidables de la literatura inglesa contemporánea, a poco que uno haya leído a Virginia Woolf y Lytton Strachey. ¿Fetichismo? Pues adelante con el fetichismo, que también es una forma de amor. O mejor dicho, cualquier amor —balbuciente o sublime— siempre es una forma de fetichismo.

Toda gran obra literaria encierra un enigma, además del hechizo que ejerce sobre nuestra sensibilidad e imaginación: el enigma de su autor. ¿Por qué fue él y no otro quien halló el tesoro? ¿Cómo desarrolló esos dones o, quizá, cómo aprovechó sus limitaciones en su favor? Carnal y doméstico como cualquiera de nosotros, deambuló por unas calles que también sus admiradores podemos recorrer, subió a unas colinas o se sentó bajo un árbol que aún se nos ofrecen, miró los cambios de esa parcela del cielo que ahora vemos, se entretuvo soñando ante ese pedazo de mar. Y ahora sus restos físicos, definitivamente insignificantes, se

guardan en esa tumba apartada del pequeño cementerio rural o en ese gran mausoleo metropolitano. A través de esas pistas evocamos su figura, y ese conjuro personal sirve para complementar nuestra lectura de su obra, aunque nunca para sustituirla. Más bien al contrario, es un pretexto para volver sobre ella y recaer en el placer que nos causa, pero ahora con un decorado y un paisaje que nos permiten quizá comprenderla mejor... ¡o que nos intrigan aún más sobre el hechizo que encierra!

Hace unos pocos años, Sara Torres y yo hicimos una serie de documentales para televisión sobre sitios donde nacieron, vivieron y murieron algunos de nuestros escritores preferidos. Se tituló *Lugares con genio* y también dio lugar a un libro que recogía al vuelo (a veces de modo no totalmente fiable) mis intervenciones en los programas y las de algunos expertos o lectores apasionados con los que me entrevisté en ellos. El resultado fue aceptable (mucho mejor en la parte filmada que en la escrita), pero pagamos la novatada, como suele decirse, y cometimos equivocaciones que nos enseñaron cómo hacerlo mejor si volvíamos a intentarlo. Y eso, intentarlo de nuevo, es lo que pretendimos hacer sin contar con que la crisis económica convertía en utópica la búsqueda de financiación hasta para un proyecto tan económicamente discreto como el nuestro. Hubiera podido financiarse con menos de lo que cobra Belén Esteban o similares por participar en *Sálvame*, pero ni la televisión pública ni las otras cadenas (a pesar de que las principales dependen de grandes grupos editoriales) estaban dispuestas a financiar un proyecto tan insólita y provocativamente cultural. De modo que Sara y yo decidimos en primer lugar centrarnos en hacer un libro sobre el tema, más cuidado en cuanto al texto y las ilustraciones, dejando para más adelante la posibilidad de nuevos programas televisivos de renovado planteamiento. Un libro culto pero sin academicismos, con toques populares en la parte de la imagen (genial la idea de Sara de incluir un pequeño cómic sobre una obra

de cada autor, que me recordaba aquella colección de mi infancia, «Historias», que combinaba el tebeo y el texto, en la que leí a muchos de mis primeros clásicos), que intentase *contagiar* a los lectores nuestro fervor por los autores y también mostrase otros puntos de interés en los viajes.

Lo que más gozábamos haciendo era la preparación de cada capítulo, recorriendo Recanati y Nápoles en busca de Leopardi, el Torquay de Agatha Christie o la inagotable Normandía de Flaubert... Siempre fuimos acompañados de nuestro amigo José Luis Merino, indispensable apoyo en los buenos momentos y aún más necesario y meritorio luego, en los malos. Cuando disfrutábamos de Galicia en pos de Valle-Inclán, Sara cayó enferma de un mal atroz. Eso no mermó su entusiasmo ni su capacidad de seguir planeando capítulos, dirigiendo su realización gráfica y buscando documentación sobre cada autor. Aprovechó nuestra forzosa estancia en Baltimore, donde fue operada en la Johns Hopkins, para visitar los lugares relacionados con uno de sus autores predilectos, Edgar Allan Poe. A los pocos días de la intervención, capaz de postrar a cualquiera, ya estábamos visitando y fotografiando la tumba del poeta tenebroso. Al acabar nuestro trabajo, mientras José Luis y yo recogíamos cámaras y grabadoras, Sara se acercó a la lápida e hizo una leve caricia de despedida al retrato de Poe grabado en ella. Fue un gesto tan suyo, tan lleno de su infinita gracia hecha de inocencia y pasión, que no puedo recordarlo sin lágrimas. Lágrimas de amor y de gratitud por haberla conocido.

Murió pocos meses después, sufriendo mucho, sin dejar empero de alentar nuestro trabajo y revisar los textos que yo iba escribiendo. En este libro figura por primera vez su nombre junto al mío como autora, y así debería haber sido en tantos otros de los que he firmado en solitario, porque sin sus ideas, sin su vigilancia crítica, sin su imperioso estímulo no habrían sido escritos. Nunca quiso figurar como coautora, aunque vigilaba con celo que siempre hubiese una palabra de dedicatoria para ella. Ahora, por fin, en la

portada de este aparecemos juntos, como vivimos, trabajamos, luchamos, reímos y lloramos juntos tanto tiempo. Sin su colaboración en las últimas etapas, seguramente este libro ha quedado notablemente empobrecido, a pesar de mis esfuerzos y los de José Luis por que fuese tal como ella hubiera querido. Hemos tenido que suprimir algunos de los autores proyectados, tan interesantes como H. P. Lovecraft, Isak Dinesen o Emily Dickinson. Parece que ya no habrá oportunidad de hacerlos. O quizá sí. Según algunas doctrinas orientales, que llegaron hasta los griegos, nuestras almas transmigran después de la muerte a nuevos cuerpos. Espero ese momento increíble, si me toca. Entonces, en esa otra vida, buscaré a Sara y seguro que la encontraré, porque ella también me estará buscando a mí. Nos reconoceremos a través de las máscaras de esos rostros distintos, porque lo que nos une ha sido siempre más fuerte que las apariencias. De nuevo juntos, continuaremos recorriendo lugares con genio para seguir contando la vida de los grandes escritores. Y la nuestra.

San Sebastián, agosto de 2015

William Shakespeare



DESPUÉS DE CONOCER LA MUERTE DE SUS PRETENDIENTES, EDMUNDO DA LA ORDEN DE PARAR EL
ASESINATO DE LEAR Y CORDELIA.



TRAS LA DESESPERADA DECLARACIÓN DEL REY LEAR, EL CONDE DE KENT LE DESVELA SU VERDADERA IDENTIDAD.



EL REY LEAR - WILLIAM SHAKESPEARE

El inventor de almas

¡A trabajar, a trabajar! Duendes, registrad el castillo de Windsor arriba y abajo. Esparcid la alegría, silfos, en cada una de las habitaciones sagradas. Que el castillo siga en pie hasta el día del Juicio Final, en un estado de perfección que sea siempre digno de su poseedor, como su poseedor es digno de él...

A cada uno de nosotros, los verdaderos lectores, nos resulta fácil aceptar que nuestra vida hubiera sido mucho más insulsa o pobre sin Quevedo, Borges o Edgar Allan Poe. Pero se nos hace casi imposible imaginar qué vida hubiéramos tenido sin Shakespeare. La humanidad, en toda su fragilidad y esplendor, existió antes de Shakespeare, eso es seguro; por tanto, el exageradamente respetado crítico estadounidense Harold Bloom va sin duda demasiado lejos cuando le declara «el inventor de lo humano». Sin embargo, entendemos lo que quiere decir y, quizá un poco a regañadientes, compartimos su criterio. Porque lo humano estaba ya antes ahí, pero nuestra perspectiva sobre los asuntos que lo conciernen, sobre los embelecocos del amor y el atropello de la ambición, sobre la parálisis de la duda, sobre los abismos de la crueldad, sobre la melancolía dentro de la risa, sobre la ceguera fatal de la vejez, sobre la imposibilidad de la venganza, sobre lo impenetrable del mal y la absolución incomprensible del bien, sobre los celos, sobre la civilización y el salvajismo, sobre cuanto mente en

nosotros y a pesar de nosotros diciendo palabras verdaderas... sobre eso y todo lo demás que humanamente cuenta vemos, juzgamos y padecemos a través de Shakespeare. La paleta de colores con que iluminamos el mundo y nuestra vida en él es múltiple, contradictoria, paradójica, pero nunca falta innegable el barniz shakespeariano. Es como si nos hubiese ofrecido un perchero de almas en el que siempre encontramos alguna que nos sienta mejor que la nuestra o que se revela precisamente como la que teníamos olvidada.

Y, sin embargo, ese hombre que tanto nos reveló de cómo somos permanece él mismo velado y desconocido. Una de las pocas cosas que sabemos de él es que entre sus papeles preferidos como actor secundario —nunca fue en los escenarios protagonista de sus obras— figuraba el del espectro del padre de Hamlet, que en el primer acto de la tragedia se le aparece a su hijo y desencadena la acción dramática. Pues bien, así es también William Shakespeare en la historia de la literatura: una aparición fantasmal de cuyo paso efectivo por este mundo sabemos poco, salvo que lo cambió para siempre. Las estanterías están llenas de biografías de gente de la que lo sabemos casi todo y no nos interesa casi nada; en el casillero de la que corresponde a Shakespeare no hay casi nada de cierto, aunque quisiéramos saberlo todo. No sólo faltan las circunstancias anecdóticas de su vida, fuera de las más básicas, sino que tampoco lo que escribió descubre su perfil humano o ideológico; no sabemos si fue sincero en sus tomas de partido políticas o meramente oportunista, poco podemos asegurar de sus creencias (aunque Santayana escribió sobre la ausencia de religión en sus piezas), ni siquiera hay unanimidad sobre si su pasión erótica —que, eso sí, sus sonetos muestran que fue de alto voltaje— prefirió un varón o una mujer. Hasta tal punto que algunos estudiosos, contrariados en los apremios de su celo, le han negado al fantasma incluso la autoría de sus obras maestras, atribuyéndolas a diversas perso-

nalidades mejor conocidas o al menos más *reconocibles*. Ríos de tinta ayer y de cibertextos hoy se han desbordado buscando alternativas ingeniosas o meramente caprichosas a su propiedad intelectual, sobre todas las cuales sigue sobresaliendo como más convincente la humorada de Mark Twain: las obras atribuidas a William Shakespeare no las escribió él, sino otro autor... que también era William Shakespeare.



Casa de William Shakespeare en Stratford.

Vamos a los datos biográficos que conocemos con suficiente seguridad. Todo comenzó en Stratford-upon-Avon, una pequeña localidad del condado de Warwick, que hoy —en nuestro presente motorizado— está a poco más de una hora de Londres, pero que a mediados del siglo XVI se encontraba a dos jornadas de caballo o cuatro días de marcha de la capital. Por entonces se instaló allí un tal John Shakespeare, procedente del pueblo vecino de Snitterfield, para dedicarse a la confección de guantes, y después fue prosperando más al ampliar sus negocios al comercio de la lana y de la carne. Se casó con Mary Arden, la hija menor de un hacendado de otro pueblo vecino. ¿Les suena ese apellido? Entonces son buenos conocedores del dramaturgo, porque Arden es el nombre de un bosque cercano a Stratford que se menciona en *Como gustéis*, su comedia